

UNA NOVELA SOBRE LA PRIMERA SELECCIÓN ESPAÑOLA DE FÚTBOL

JÓVENES PROMESAS

1920. JJ.OO. AMBERES. LA LEYENDA EMPEZÓ AQUÍ



JUANJO DÍAZ POLO



 Planeta

Juanjo Díaz Polo



Jóvenes promesas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Juanjo Díaz Polo, 2016
Agencia Literaria CBQ, S. L.
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía
Ilustración de la página 425: © Archivo Abc

Primera edición: junio de 2016
Depósito legal: B. 10.074-2016
ISBN: 978-84-08-15711-3
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Hubo un tiempo feliz en el que las máquinas, los ideales y el deporte prometían desterrar todas las miserias humanas. El mundo entero soñaba con un futuro mejor y —de alguna manera— mis padres formaron parte de todo eso.

Papá fue un pionero, uno de los primeros cronistas deportivos del país, y para él no había misión más alta ni mayor halago que ser un *sportman*.

Desde pequeña, yo lo acompañaba a reuniones atléticas, carreras ciclistas, exhibiciones de globos, al box, al *tennis*, al *jai-alai*... Me crie junto a las líneas de cal de los campos de fútbol, vestida de domingo, entre golfillos y recogepelotas. No sé si aquello me gustaba. En cierta ocasión recibí un balonazo que dio conmigo en el suelo y papá me infló a helados y dulces, hasta que el daño mereció la pena.

Mamá era francesa. Mi padre la conoció en París, durante una visita a la Exposición Universal de 1889. No fue en la novísima Tour Eiffel, sino en una calle cualquiera, cuando él buscaba indicaciones para acudir al espectáculo de indios y *cowboys* del auténtico y legendario Buffalo Bill. Desde ese momento, la flecha del amor se clavó en ambos más profundamente que cualquier dardo siux. Recorrieron juntos las cuatro esquinas del mundo conocido, desde la Cochinchina a Noruega y de Siam a Egipto, sin salir nunca de París; se besaron a escondidas entre los pabellones, se hicieron mil promesas, y al llegar el día del adiós, se abrazaron sobre el Pont de l'Alma en el Quai d'Orsay con lágrimas en los ojos.

Desde España, él escribió larguísimas y sentidas cartas a diario, que ella contestó con otras más largas y sentidas; así durante seis años. Según contaban después, es una forma infalible de enamorarse sin remedio, porque en la ausencia del otro, cada uno lo recrea como quiere y nada estorba a su imagen ideal.

Cuando Pepe Díez se presentó en París para pedir la mano de Emma al señor Lagrange y a su distinguida esposa, apenas había compartido con ella quince días, pero nada podía separarlos.

Tras la boda, se establecieron en Francia y allí, en el París de la Belle Époque, nació mi hermana Béatrice.

Papá trabajaba de corresponsal para varias publicaciones españolas y empezaba a hacerse un nombre en la naciente prensa deportiva, para la que escribía bajo el seudónimo de Rampoleón. Sin embargo, no todo era de color de rosa. Mamá tenía un genio vivo y tras el enésimo encontronazo con su familia, planteó la posibilidad de mudarse a España. Durante los Juegos Olímpicos de París de 1900, en medio de un partido de fútbol en el velódromo de Vincennes, tomaron la difícil decisión.

Y en Madrid, ciudad abierta a los forasteros con encanto, donde todavía se voceaba el agua, azucarillos y aguardiente, nació yo, Elena, su segunda y última hija.

Béatrice es tres años y ocho meses mayor que yo. Se parece mucho a papá, aunque por dentro es maternal y práctica, como mi madre, y yo, que soy la viva imagen de mamá, me temo que salí tan idealista y soñadora como mi padre.

Mamá retomó su vocación de maestra dando clases en el Liceo, entonces Colegio Francés de Señoritas, y antes de tres años era toda una personalidad en la *société* local.

Nos enseñó a disfrutar de las oportunidades cuando llegaban, sin cuestionar ni un instante si las cosas podían haber sido de otra manera. Pese al aire campesino de su apellido paterno —Lagrange—, su filosofía de vida parecía un manual para navegantes y se resumía en aprovechar los vientos

favorables y no pelear nunca contra los adversos. Siempre veía el lado bueno de las cosas, y no la recuerdo nunca lamentándose de nada; ni siquiera cuando tuvo el accidente que, a la postre, acabó con su vida, siendo todavía muy joven. Su voz me acompaña desde entonces y, cuando me tienta hacerme algún reproche, la escucho —cantarina— muy dentro de mí, recitándome su refrán favorito:

—Qui ne veut se risquer, ne traversera pas la mer.

Es decir, quien no se arriesga, no cruza la mar; un dicho que vale por un tomo entero de máximas de La Rochefoucauld.

Además de su trabajo en el Liceo, mamá traducía los artículos de mi padre para la prensa francesa, casi siempre *L'Écho de Paris* y unos libros, *Deporte e higienismo*, que papá escribió mano a mano con el célebre doctor Bartrina y que fueron un éxito de ventas. Además, era intérprete habitual en toda clase de eventos sociales madrileños. En uno de ellos, de forma inesperada, se convirtió en protagonista y alcanzó el que, para mí, fue su momento estelar, ese que marca como un símbolo toda una vida.

Fue —cómo no— al principio de un verano, en una exhibición aérea en Ciudad Lineal. Papá y yo llegamos apretujados en el tranvía nuevo de Las Ventas, una hora antes del comienzo. La carretera ya estaba colapsada por carruajes y automóviles, en los que un río de espectadores afluía al flamante velódromo. Dentro, el lleno era absoluto. Fuera, grupos de mozos trepaban a los muros de las fábricas vecinas o pisoteaban los campos de labranza circundantes, en busca de un oteadero para ver el espectáculo de rondón, esquivando a los vigilantes y a los campesinos que intentaban echarlos de los sembrados garrota en mano, y eran recibidos a pedradas. Asistieron a la exhibición el rey Alfonso XIII y su esposa británica, Victoria Eugenia. Ninguno de los infantes estuvo presente; se rumoreó que la casa real consideraba el evento demasiado peligroso para ellos, y yo —a mis nueve años— me sentí importante por estar allí.

La aviación era la mayor de las fantasías modernas hecha realidad, una fiebre popular aún más fuerte que el fútbol o la tauromaquia, y los pioneros de ese deporte eran héroes. Tal vez fuera porque volar era arriesgadísimo y los aeroplanos se desplomaban con frecuencia, deshaciéndose en pedazos. En ocasiones, como en la tragedia del hipódromo de la Castellana, arrollaban a los incautos espectadores, segando cuerpos con la hélice y los cables de acero. Por todo ello, las demostraciones aéreas eran espectáculos emocionantes y el público respondía, atraído por el morboso efecto imán que tiene el peligro. Las entradas se agotaban y los días previos a la exhibición del velódromo se formaban colas ante el despacho de billetes próximo al Colegio Francés, que llegaban casi hasta la calle de Alcalá. Se pagaban setenta y cinco pesetas por los palcos de privilegio, ocho por cada silla de pista, tres por un asiento general y una peseta por la entrada de pie.

La credencial de prensa de papá nos abrió camino, más allá de la pista inclinada de cemento, hasta el borde mismo del baldío central, donde reposaban los aviones. Saludé a distancia a mi madre, dominando mi entusiasmo. Llevaba un largo *foulard* de seda blanca anudado con gracia al cuello, su mejor traje de Paquin y un llamativo sombrero ancho cubierto de florecillas de colores. Mamá acompañaba al grupo de mecánicos y pilotos, la mayoría franceses, ataviados con sus peculiares atuendos de cuero y gafas de antifaz. Con ellos estaba también la audaz belga Hélène Dutrieu, de quien se decía con escándalo y picardía que era «la primera mujer aviadora que no utilizaba corsé para volar», despertando el morbo en el populacho. Aparte de su atrevimiento indumentario, era conductora de automóviles, acróbata de motocicletas, ciclista, inventora y piloto de aeroplanos. A mis ojos infantiles, Hélène Dutrieu era la mujer más pluscuammoderna que había existido jamás.

Sin embargo, la estrella de la exhibición ese día era el aviador Jean Mauvais. Volaba un biplano Sommer hecho —para entendernos— con cuatro palitroques y tela *beige* en las alas,

unidas estas por una complicada trama geométrica de cuerdas de piano. El conjunto olía a distancia a taller de ebanista, porque los mecánicos encolaban el tejido de los planos para tensarlo. El motor flotaba en medio del tingladillo, tras un pequeño púlpito metálico para el piloto. Posado en tierra, me resultaba difícil saber cuál era la parte delantera y cuál la trasera de aquel aromático fósil de libélula gigante.

Un pomposo maestro de ceremonias, tocado con chistera, se colocó tras un enorme cono de metal que servía de megáfono y dio la bienvenida a la multitud. Anunció que una distinguida dama volaría con Mauvais sobre nuestras cabezas, a más de cincuenta metros del suelo.

Aplaudimos mientras los mecánicos empujaban sin esfuerzo el aeroplano hasta la posición de despegue y emplazaban una escalerilla de madera a pie de ala. El piloto dirigió la operación y pidió venia al palco real con un gallardo taconazo que arrancó una ovación de la muchedumbre. Después, Mauvais dio una grácil carrera hasta la zona de aviadores y ofreció su brazo a una de las señoras, que avanzó con él hasta el pie mismo de la escalerilla, oculta bajo una sombrilla. Para mi pasmo, vi que no se trataba de Hélène Dutrieu, como habíamos supuesto, ¿era mamá quien iba a subir al aparato! Tartamudeando, no paré de preguntar varias veces lo mismo:

—Pero ¿es mamá quien va a volar? ¿Va a ser ella? ¿Va a ser mamá? ¿De verdad?

No sé si mi padre me llegó a contestar; debía estar tan asombrado como yo. Mamá entregó su sombrilla a uno de los mecánicos y envolvió con decisión su sombrero en el *foulard* de seda, anudándolo con gracia bajo el mentón. Después, trepó por la escalerilla y ocupó un lugar imposible entre la afilada hélice de madera y el piloto; saludó con gracia a la multitud ondulando un brazo y se aferró con sus blancas manos a los listones que separaban las alas. Yo enmudecí, columbrando que caería sobre la hélice en pleno vuelo, haciéndose picadillo. Mi padre sonreía e intentó aliviar mi pavor, pero estaba pálido como el yeso.

—No te preocupes, cariño, no va a pasar nada, to... todo está previsto.

El delicado aspecto de mi madre —vestida para un paseo dominical por una rosaleda— contrastaba con el atuendo del aguerrido piloto, al que el maestro de ceremonias calificó de «Ícaro moderno», «hombre pájaro» y no sé cuántos tropos floridos más. Iba equipado —más o menos— como un hombre bala que había visto en el circo: polainas, pantalón bombacho, chaqueta de cuero ceñida, gruesos guantes y un pañuelo corto de color rojo al cuello. De remate, coronó su cabeza con un casco de acero desmochado, de sospechoso parecido a un orinal sin asas. Mauvais atusó sus engrasados bigotes de cola de salamandra y se sentó a la palanca de mando del «ave artificial» o «monstruo volador», según palabras del bimbado altavocista.

Se anunció el disparo del motor, un enervante estallido seguido de petardeo pirotécnico que acabó convertido en un rugido continuo. Aquella «potentísima máquina» —que según el maestro de ceremonias tenía la fuerza de cincuenta caballos de tiro— hizo zumbar las pavorosas aspas de la hélice, levantando una polvareda en el seco carrizal.

Tres mecánicos hercúleos, protegidos con gafas de antifaz, sujetaron el aparato por la cola y el piloto empezó a acelerar. Los hombres apenas podían retener el avión, que parecía a punto de desmembrarse en cualquier momento. Yo me aferré al brazo de mi padre, esperando que mamá corriera para ponerse a salvo, como habría hecho una mujer sensata; pero no hubo tiempo: a una señal del piloto, los tres hombres soltaron la cola y el aeroplano echó a trotar, botando por la pista. No me atreví a respirar. El Sommer levantó su parte posterior del suelo, provocando el ¡oh! admirado del público. Siguió bamboleándose por el campo central del velódromo, aumentando su velocidad, hacia los límites arbolados del anillo de cemento, contra el que se estrellaría sin remedio si no llegaba a elevarse. La tragedia era palpable, tal vez el peso de piloto y pasajera fuera demasiado para volar el

aeroplano y evitar el choque; ¡a todas luces, mamá había cometido una imprudencia fatal! Por fortuna, en cuestión de segundos, las ruedas, livianas como burbujas, se alejaron de la tierra, y el público prorrumpió en una tromba de aplausos; yo también.

Bandadas de pájaros huyeron despavoridas de los árboles en dirección opuesta a la del estruendoso chisme que se les venía encima. Contra todo pronóstico, no tardaron en dar media vuelta en el aire y empezaron a seguirlo a distancia, con natural curiosidad, porque ni ellos ni la mayoría de nosotros habíamos visto nunca nada parecido. El aeroplano giró y giró varias veces sobre la multitud, dibujando la forma del velódromo en el aire, ganando altura con un flotar delicado y vacilante que lo llevó donde antes solo podía llegar la imaginación.

El vuelo me pareció eterno. Por las crónicas que aún conservo, pude saber que no duró ni cinco minutos, según determinó un señor cargado de relojes y de importancia, que estaba sentado muy cerca de nosotros y resultó ser el cronometrador oficial del acto.

El aeroplano inició el descenso y entonces llegó lo peor: las frágiles ruedas de radios botaron sobre el suelo y rodaron sin freno sobre la hierba; llevaba demasiada velocidad y parecía claro que terminaría chocando contra la tribuna. Se apagó el motor, se hizo un silencio dramático... ¡Y Mauvais saltó del aparato, dejando a mamá sola, a bordo de aquel cacharro, directo hacia el palco de los reyes! Fue un momento de pánico general; hasta me pareció que la escolta regia se ponía en alerta. Con agilidad circense, el aviador se tumbó en el suelo, dejó pasar las alas sobre su cabeza y agarró el aeroplano por la cola como si fuera un toro bravo, haciendo de ancla humana; acudieron los mecánicos a la carrera para engancharse a él como monosabios y el aparato se detuvo, convertido en manso cabestro por la fuerza y la habilidad de aquel Hércules volador y su estrafalaria cuadrilla.

Después supe que aquella forma de frenar esos artilugios tan livianos era habitual, pero entonces era lo más impresionante que había visto nunca en mi vida; ni siquiera sabía que podía hacerse algo semejante. El público ovacionó con delirio a Mauvais y después a mi madre, cuando él le tendió una mano con un gesto galante y ella saludó con elegancia a la muchedumbre.

—Me he sentido geina del aige, con pegmisó de sus majestades, clago está —declaró más tarde con su suave acento francés a la prensa.

Las fotografías de mamá a bordo del aeroplano se publicaron en los diarios de Madrid y nos convirtieron a las dos en celebridades en el Colegio Francés y en nuestro círculo de conocidos durante meses.

Fue una época increíble, los seres humanos nos sentíamos poderosos: el deporte robustecía los cuerpos y las voluntades, las máquinas nos permitían volar; si éramos capaces de eso, podríamos hacer cualquier cosa. O casi.

Apenas dos años más tarde, mamá bajó sin mirar de un tranvía y fue arrollada por un carruaje. En el hospital —a pesar de su palidez amoratada— fingía buen humor y no paraba de hacer planes para las vacaciones. Nos hizo prometer que yo las pasaría en Francia, para conocer a su parentela y completar mi formación, como años antes había hecho Béatrice. Al día siguiente, los médicos descubrieron que sufría un derrame interno y decidieron operarla con urgencia, pero para entonces ya había perdido mucha sangre. Pasó sus últimas horas tan desmejorada que no me dejaron verla.

Empezó el año más triste de mi vida. Me parecía un engaño absurdo que la vida siguiera adelante sin ella, que fueran la tía Angelita —hermana de mi padre— y Dori, nuestra amorosa cocinera, quienes nos hicieran los tirabuzones, nos llevaran al médico o eligieran nuestra ropa, en lugar de hacerlo mamá. En ocasiones creí encontrarla entre la multitud y, a veces, seguí a su fantasma por la calle, dejándome llevar por el vago parecido de una desconocida, sabiendo que no era

ella, alimentando la esperanza de que nunca se hubiera ido del todo y que volvería a casa con alguna explicación a un tiempo fantástica y razonable: «Es que era espía del Gobierno y no quería poneros en peligro»; «Tuve una enfermedad gravísima y muy contagiosa», o «Fui secuestrada por un jeque oriental y tardé años en escapar de sus garras». Ninguna realidad podía doblegar mi deseo y mi necesidad de volver a verla.

El silencio plomado de las ceremonias del velatorio, del funeral y del entierro lo viví con extrañeza, como quien asiste a una delirante obra de teatro. La ausencia de mi madre era definitiva y el dolor que sentía, real, pero mi mente infantil se negaba a aceptarlo.

Durante el acompañamiento al cementerio, bajo el sol, tras la carroza fúnebre, no dejaba de pensar que aquel panteón con ruedas no era un vehículo apropiado para Emma Lagrange. A ella le habría gustado ser trasladada en dirigible o galopando a lomos de una motocicleta, como una moderna Juana de Arco. La imaginé feliz, saludándonos con su mano, haciendo del último viaje una aventura más, y me eché a reír como una loca. Tuve que morderme los carrillos para domar la euforia que sentía por su liberación. Mi comportamiento delirante impresionó a todos; la familia española me cubrió de ayes y de besos, mientras mis tíos y abuelos maternos, llegados a toda prisa desde Francia, me miraban compungidos y perplejos.

Pasé aquel extraño verano con ellos, tal como mamá había deseado, en una preciosa residencia para familias de ingenieros en Aix-en-Provence. Visitamos a una intrincada parentela que se extendía desde Nimes a Toulouse, antes de volver con los abuelos a París y de allí a España.

La vida en Madrid no volvió a ser igual. Papá y Béatrice habían trasladado todas nuestras cosas a un piso alto en la calle Carretas, muy cerca de la bulliciosa Puerta del Sol, y la tía Angelita se instaló en casa para siempre. Yo tenía once años. Desde entonces, la tía, mi hermana y Dori no permitieron jamás que me sintiera huérfana.

Papá se refugió en su trabajo y siguió llevándome a toda clase de demostraciones deportivas, como había hecho siempre.

Él había jugado al fútbol en el Sky, un pequeño equipo del que años después surgió el Real Madrid, pero una arritmia lo sacó fuera del campo, para ser secretario, directivo y, finalmente, cronista. Cualquier cosa con tal de seguir en contacto con el *sport*.

El deporte era la gran revolución humana, una religión de hombres civilizados que prometía acabar con las guerras y mejorar la raza. A pesar de ello, ninguna religión pudo evitar que en 1914 la muerte se paseara a sus anchas durante cuatro largos años por los campos de batalla de Europa. En una lenta hemorragia de noticias, supimos que varios parientes de mamá, algunos de los que yo había conocido en mis vacaciones, morían o resultaban mutilados en la guerra. Padecimos mucho; el que más, papá. Después de morir mi madre, se había ido apagando como una vela. Empezó a usar bastón, con el que solía imitar a Charlot, y cada vez se fatigaba con mayor facilidad. Aquellos achaques eran conocidos por todos, también en el trabajo. Sin embargo, arrastraron consigo una secuela paulatina y sigilosa, más grave aún que la primera, que tardamos algún tiempo en comprobar: cuando papá hablaba del pasado, lo hacía cada vez con menos detalles. Sus recuerdos se difuminaban, sumergidos en una niebla densa que, al disiparse, lo dejaba confuso, con lagunas cambiantes en su memoria.

En lo que a mí respecta, mamá seguía presente en el día a día, aunque con el tiempo dejé de ver su fantasma entre la multitud. Sufrí mucho cuando olvidaba algún detalle o perdía la certeza de su abrazo, del calor exacto de su piel. Sin embargo, a menudo, la vida nos traía su recuerdo, y entonces su aroma, hasta el sonido de su voz, volvía fresco a mis sentidos. Como un campo de hierba después de la lluvia.